

Metlac*

La vía férrea de Veracruz a México corre de levante a poniente. Si en un momento dado pudiera suprimirse una inmensa porción de terreno del lado norte, desde la franja dentada que forman los durmientes de la vía hasta 20 o 30 kilómetros de distancia, podría entonces embarcarse a un tiempo el milagroso trabajo del hombre incrustado de hierro, sobre el pavimento colosal de la naturaleza.

Sería el corte longitudinal de una gradería olímpica. En la extremidad del poniente, las accidentadas llanuras de la mesa central, cubiertas de magueyes, de cactus y de pinos, esos melancólicos gigantes de las regiones frías, engalanadas con un cielo azul, armónico y de un brillo incomparable, con el cielo que cobija a México, la azteca dormida sobre un inmenso cráter convertido por la naturaleza en un nido de flores en medio de su anfiteatro de polícromas montañas, reproduciendo su belleza en el espejo de sus lagos y vigilada por esos dos titanes que para verla mejor rasgan el éter con sus cimas de hielo, enormes abanicos de plata nevada que refrescan las noches del valle; con el cielo que acaricia a Puebla, poético y silencioso convento que, como todos los conventos de América, ha trocado frecuentemente sus cánticos religiosos por los himnos bélicos y el clamor de sus campanas por el estallido de los cañones, las campanas de guerra.

* * Justo Sierra, "Metlac", en *El Renacimiento*, t. 1 (24 de julio de 1869): 425.

Una árida pendiente, formada por cadenas de estériles valles, ondula hasta las cercanías de Orizaba. Las cumbres de Acultzingo destacan en el cielo su soberbia silueta; por su falda los hombres han hecho una vía romana siguiendo las huellas de las águilas, semejante desde lejos a una serpiente blanca que, por en medio de panoramas indescriptibles, se precipita sobre los cafetales que rodean ese terruño del Edén que se llama Orizaba.

Descendamos aún por entre los platanares y los mangueros, los plantíos de tabaco, los cañaverales y esa multitud de *orchideas* de tan diversos colores y formas, esa muchedumbre de pájaros que parecen flores que vuelan, y sigamos bajando; de improviso se presenta un abismo, una enorme solución de continuidad: la barranca de Metlac. En el borde horizontes de montaña, pavimentos de verdura; a lo lejos la tienda de cristal del Orizaba, como dice Ramírez; bájase aquí por un camino que serpea en la roca; allí por una serie de pequeños despeñaderos que en un instante conducen al suelo, un riachuelo pasa junto a los pueblecillos que duermen en el fondo; la naturaleza es magnífica en derredor de esa tremenda grieta del suelo; las lianas colgando de los árboles, bajan agarrándose de los mamelones arenosos, hasta unirse con los árboles de la profundidad; el reptil de la vegetación desempeña allí funciones fraternales. Pero un tren de vapor no puede, ni con mucho, hacer lo que las lianas. El tren tiene que salvar la barranca.

Un día de estos se agruparán muchos hombres en el fondo de aquel abismo, y a poco se levantarán de entre ellos algunos cimientos de cantería, sobre los cimientos, gruesos postes y ligaduras de fierro; luego, en el momento en que esos gigantes de cien metros de altura se den las manos, la locomotora pasará como una exhalación por sobre las profundidades de la barranca, el silbido de esa águila se confundirá con el del tucán, y el carbón de piedra, ese incienso de la industria humana, dejará su rastro, semejante a una nube, en el cielo tranquilo de Metlac.

Salvado aquel obstáculo, el tren bajará por la falda de ese maravilloso *belvedere* que se llama el Chiquihuite, y a poco tocará en las arenosas playas de Veracruz, en cuyo mar duerme la fiebre amarilla, ese terrible dragón de las Hespérides mexicanas.

Justo Sierra